

## El sistema de partidos en Venezuela: una historia para aprender\*

Zapata García, Roberto\*\*

### Resumen

El presente artículo aborda el análisis de las percepciones y opiniones que la población venezolana y líderes y formadores de opinión tienen sobre los partidos políticos. La evaluación de los partidos políticos es un aspecto que forma parte de una investigación más amplia sobre la democracia que estamos finalizando. El tratamiento de este tema tiene como base los resultados de una encuesta representativa nacional y de una entrevista en profundidad a líderes, llevadas a cabo entre los meses de julio y octubre de 1999. Esa base de datos viene completada por otra serie de datos, en perspectiva histórica, y por los aportes de la ciencia política. Si se reconoce que los partidos políticos son necesarios para la viabilidad de la democracia, pero, al mismo tiempo, se afirma que el sistema de partidos que por mucho tiempo fue característico de nuestra democracia ha llegado a su fin, puede ser vital que nos detengamos a analizar esta paradoja. Describimos y analizamos el sistema venezolano de partidos de acuerdo con los siguientes aspectos: 1. La democracia en Venezuela y el sistema de partidos; 2. Los sentimientos antipartidos o el declive del sistema de partidos y sus síntomas (evaluación negativa, desconfianza, pérdida de lealtades y de identidad partidista, abstención, desalineamiento y volatilidad electoral); 3. Las razones de la crisis. Finalizamos el artículo haciendo algunas preguntas y reflexiones personales.

**Palabras clave:** Venezuela, partidos políticos, identificación partidista, desalineamiento partidista, cultura política.

### *The Party System in Venezuela, a Story to Learn From*

### Abstract

This article presents an analysis of perceptions and opinions about political parties that the Venezuelan population, in general, shares with leaders and opinion makers. The evaluation of

Recibido: 01-01-15 . Aceptado: 01-03-28

\* Este trabajo forma parte del Proyecto de Investigación n° S1-96001730, "La democracia de los ciudadanos: democracia mínima", financiado por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas (CONICIT).

\*\* Dirección de Investigaciones. Asociación Civil Conciencia 21. Caracas, Venezuela.

political parties is part of a wider research program now in progress. The thesis of this article is based on the results of a national survey and from thorough one-on-one interviews with leaders, both of which were realized between the months of July and October 1999. The primary data base has been enriched with historical data and with theories of political science. Even though it is recognized that parties are necessary for democracy to be feasible, at the same time it is stated that the party system, for a long time a characteristic feature of our democracy, has collapsed. It may be crucial to analyze this paradox. The description and analysis of the Venezuelan party system is presented in the following steps: 1) Democracy in Venezuela and the party system. 2) Anti-party sentiments, or the downfall of the party system, and its symptoms (negative evaluation, mistrust, lost loyalties, loss of political identity, abstention, non-alignment and electoral volatility).3) The reasons for the crisis. The article ends with some questions and personal remarks.

**Key words:** Venezuela, political parties, party identification, non alignment with political parties, political culture.

## Introducción

Si tuviéramos que caracterizar con algún rasgo concreto la cultura política venezolana, tal y como se desprende de un conjunto de elementos analizados en el estudio sobre la democracia que estamos finalizando, no dudáramos en afirmar que nos encontramos con una paradoja que llama la atención: en la mayoría de los venezolanos se da una combinación entre el apoyo mayoritario e irrestricto a la democracia y a un grupo de valores asociados a ella, por un lado, y un extendido sentimiento de desconfianza y rechazo hacia muchas de sus instituciones, con especial referencia hacia la política, los partidos políticos, los políticos profesionales. Casi todas las instituciones adolecen de una baja valoración y confianza ciudadanas pero, en el caso de los partidos, estos sentimientos llegan casi al extremo.

El venezolano de hoy, a quien no podemos vaciar de su experiencia personal de vida en un sistema político democrático concreto, manifiesta mayoritariamente que *“la democracia es preferible a cualquier otro tipo de gobierno”*. Esta preferencia no admite, ni si-

quiera, *“que en algunas circunstancias, un gobierno no democrático pueda ser preferible a uno democrático”*. Pero simultáneamente, se comparte otra opinión: estos mismos venezolanos muestran una escasísima confianza en la mayoría de las instituciones democráticas básicas, un débil interés por la política y un pronunciado cinismo hacia los líderes y partidos políticos.

Si tuviéramos que dar un nombre a esta paradoja, característica de nuestra cultura política, podríamos describirla haciendo uso del concepto de *desafección política*, un término que se ha convertido en moneda corriente entre los estudiosos de la vida política (Fuchs y Klingemann, 1995; Norris, 1999; Pharr y Putman, 2000; Montero y Torcal, 2000) y con el que suele describirse un estado de malestar difuso, mezcla de insatisfacción, distanciamiento, hastío y desconfianza, respecto del funcionamiento del sistema político. Este fenómeno de la desafección política, que entre nosotros tiene características bien propias, parece darse también en nuevas y viejas democracias, aunque con diversa intensidad (Maravall, 1995; Pasquino, 2000; Pharr y Put-

man, 2000). Esta desafección o desencanto, en nuestro caso, parece más correcto interpretarlo no como un abandono o rechazo de la democracia, como sistema, sino como el abandono y el rechazo de una particular forma de desempeño o de gestiones de gobierno (Pereira, 1995:53; 1999:150-154).

Pareciera que ningún país democrático está a salvo de este disgusto y hastío por la política, por los partidos políticos, aunque no en todos se traducen una crisis del sistema de partidos ni en el rechazo a los partidos y a los políticos, como parece ser en nuestro caso (Klingemann et al., 1994). En algunos países, y con matices diferenciados, se ha producido una política de la antipolítica, cuyo núcleo es una política electoral llevada a cabo por actores ajenos al sistema de partidario - los *outsiders*- que compiten en el juego electoral basados en una crítica radical contra los partidos y las elites políticas establecidas (Mayorga, 1995; Mayorga, 1997) y que, en criterio de Satori (1996) tiene una de sus mejores explicaciones en la corrupción política que ha llegado a corromper la actividad política misma.

Sin duda que lo más preocupante de esta desafección es la pérdida de confianza en las instituciones políticas. Y lo es, además, porque los síntomas de la desafección no se reducen a la esfera subjetiva, sino que se han venido objetivando como un dato de la vida política venezolana y que afecta negativamente a la calidad de esa vida, pues se traduce en desmotivación, desimplicación, desmovilización y desconfianza. El declive general de los índices de participación electoral y el descenso de la afiliación partidista son, entre otros, dos indicadores objetivos. Los partidos y los líderes políticos, por otro lado, han sido considerados elementos decisivos en los procesos de transición y consolidación de las democracias, han desempeñado y desempeñan

un papel protagónico en los procesos electorales, parlamentarios y políticos y han sido vistos como instituciones esenciales para mediar entre la ciudadanía y el estado. El debilitamiento de ambos aspectos ha sido asociado con una disminución en la calidad y estabilidad de la democracia (Lipset, 1996; Anduiza, 1999; 2000).

Ya se había señalado que el sistema bipartidista venezolano, con dos partidos muy similares, parecía no ser conveniente para un país en desarrollo con una importante heterogeneidad social (Hidalgo, 1998:99). Recientemente se ha afirmado que nuestro sistema de partidos "basado en el espíritu del Pacto de Punto Fijo ha colapsado definitivamente" (Penfold, 2000: 256) y que "los partidos y la democracia de partidos" que tuvimos por mucho tiempo han desaparecido (Alvarez, 2000: 351). Y, al mismo tiempo, se comparte que no es fácil pensar en una democracia pluralista, con una oposición efectiva, sin la presencia de partidos que gocen de una significativa y permanente base de apoyo.

Todo parece indicar que la actual crisis de los partidos debe abrir paso a un nuevo esquema o nueva forma de institucionalización política que sustituya a las tradicionales formas partidistas, pero cuyas características aún no conocemos. Releer hoy los datos de esa "historia de los partidos" que parece haber llegado al final puede ser útil para no volver a repetir, en el futuro, las desviaciones que se hayan dado en ella. Y este es el objetivo de las páginas que siguen. En ellas, nos proponemos desarrollar y dar razón de tres aspectos: En primer lugar, hacemos una referencia breve al papel asignado a los partidos políticos en el diseño institucional de 1961.

Desarrollamos, después, todo lo relacionado con los sentimientos antipartidistas, ese conjunto de síntomas (datos cuantitativos

en perspectiva histórica) que muestran el declive de los partidos políticos y las conductas asociadas con ellos. En tercer lugar, y tomando como base los comentarios de un conjunto de líderes entrevistados, aportamos algunos elementos para la comprensión y explicación de esa crisis de los partidos. Finalizamos con una pregunta - ¿es posible una democracia sin partidos? - y unos comentarios personales.

El análisis que ofrecemos y que, como ya hemos indicado, forma parte de una investigación más amplia sobre la democracia en Venezuela, se basa en los resultados obtenidos a través de dos exploraciones diferentes llevadas a cabo entre los meses de julio y octubre de 1999. Una información más detallada sobre la metodología de ambas exploraciones se incluye en la "nota metodológica", al final del artículo.

## **1. La democracia venezolana y el sistema de partidos**

Hablar hoy de democracia, de Parlamento, de Gobierno, sin hacer una referencia, al menos implícita, a los partidos políticos es algo prácticamente imposible. La ciencia política hoy puede afirmar que los partidos políticos son "instituciones fundamentales" para el desarrollo del sistema democrático por una serie de funciones que se les asignan y cumplen y que, en definitiva, los convierte en instituciones para "organizar el caos popular" (Neumann, 1965:597) y sin cuya mediación entre el Estado y un "pueblo amorfo", no sería posible actualizar en nuestros días los principios democráticos (García Pelayo, 1986). En las democracias contemporáneas los partidos políticos "han ocupado, ocupan y previsiblemente seguirán ocupando" (Blanco, 2001:13) un papel indiscutible.

En el caso venezolano, la relevancia de los partidos políticos ha sido innegable. El tema ha sido abundantemente estudiado entre nosotros y desde los más variados ángulos (Alvarez, 1995, 1996; Hidalgo, 1998; Kornblith, 1996; 1998; Molina y Pérez, 1996; Rey, 1989, 1991, entre otros). Sin embargo, para una mejor comprensión de todo lo que vamos a decir en las páginas siguientes, creemos necesario recordar brevemente algunos aspectos.

El retorno a la democracia y, más concretamente, la Constitución de 1961 que nos rigió por casi cuarenta años, plasmó un modelo sociopolítico, democrático, exclusivamente representativo, y convirtió a los partidos políticos en el único tipo de organización capaz de actuar como sujeto de la democracia, al designar a los partidos políticos como las asociaciones de los ciudadanos para participar por métodos democráticos en la orientación de la política nacional (Constitución del 61, art. 114).

En esa Constitución no existían otros modelos organizativos, ni otras fórmulas de asociación por las cuales los venezolanos pudieran participar en la orientación de la vida política. De manera que los partidos políticos fueron los únicos actores permanentes de la democracia representativa y, por tanto, los instrumentos de relación entre los electores y los elegidos, entre los representantes y los representados, el único vaso comunicante entre el Estado y la sociedad (Fernández Toro: 1994: 89). Ello es tan evidente que, como lo ha expresado Brewer Carías (1990:9), la democracia venezolana logra establecerse gracias al Estado de Partidos y al centralismo del Estado. De manera que el Estado Federal normativizado en la Constitución de 1961 es un Estado Federal Centralizado de Partidos que, el

autor mencionado, denomina "federalismo sometido".

Las razones básicas de este diseño constitucional, como se ha señalado (Rey, 1980), no fueron aleatorias, sino que formaban parte de una estrategia política elaborada por los partidos y que está contenida implícita y explícitamente en el Pacto de Punto Fijo, firmado el 31 de octubre de 1958 entre dirigentes de AD (Acción Democrática), COPEI (Partido Socialcristiano) y URD (Unión Republicana Democrática). Este pacto marcaría un punto clave en la definición de la dinámica político-partidista de los tiempos por venir. Nuestro modelo de instauración de la democracia se vertebró, pues, sobre posiciones partidistas, atribuyendo a los partidos políticos una particular relevancia, tanto en los primeros momentos de la transición como en los posteriores de consolidación del régimen democrático.

El sistema de partidos venezolano, basado en el espíritu del Pacto de Punto Fijo, ha sido definido como un arreglo institucional fundamentado en una *sistema populista de conciliación de élites* (Rey, 1989; 1991). Este sistema que, en sus propias palabras (Rey, 1989:263), no es otra cosa que "la peculiar cultura y el conjunto de reglas informales de juego político" que se desarrollan en Venezuela a partir de 1958, tenía como objetivo central, planteado en forma obsesiva por los actores políticos venezolanos de ese momento, "lograr la aceptación - y a la larga la legitimación- del nuevo régimen, que no se consideraba sólidamente aceptado".

Este arreglo comprometía a los participantes del Pacto a evitar los conflictos intrapartidistas, respetar el resultado electoral, formar un gobierno de unidad nacional, con participación de todas las fuerzas políticas, más allá de los resultados electorales logrados. Si la consolidación de la democracia era el obje-

tivo central, a él debían supeditarse otros muchos asuntos. Los conflictos y diferencias naturales entre ellos deberían resolverse por medios que no amenazasen la estabilidad que se buscaba y deberían quedar excluidos de la competencia electoral ciertos actores y temas que comprometieran la consolidación democrática deseada.

Un aspecto más conviene señalar. Kornblith (1996:4), comentando la formulación de Juan Carlos Rey (1991), señala algo bien pertinente. Este modelo democrático basado en el reconocimiento de la existencia de una pluralidad de intereses sociales, económicos y políticos, dependía de la presencia y buen funcionamiento de tres aspectos fundamentales: la abundancia relativa de recursos económicos provenientes de la renta petrolera, la capacidad del Estado para atender las demandas de los diversos grupos y sectores de la población y la capacidad de las organizaciones políticas (partidos) para canalizar y representar esas demandas, asegurando así la confianza de los representados.

En sana lógica, un sistema como el planteado se vería afectado si alguna de las variables fundamentales fuera negativamente afectada, y entraría en verdadera crisis cuando se detectasen cambios negativos en los tres aspectos simultáneamente. Para muchos, algo de eso le sucede o le ha sucedido al sistema político venezolano. De ahí esa crisis de la que no acaba de salir.

El petróleo y su renta, su relación con el Pacto de Punto Fijo y su efecto sobre el sistema de partidos ha sido subrayado de diversas maneras por distintos autores. El petróleo, se ha afirmado, es, sin lugar a dudas, la piedra angular para explicar, por un lado, la caída de los sistemas autoritarios del siglo XX en Venezuela, y, por el otro, para que surgieran las condiciones que permitieran tanto el

mantenimiento del pacto institucional que hizo posible la transición democrática de 1958, como el establecimiento de un sistema de partidos (Karl, 1987). Otros (Urbaneja, 1992) enfatizarán la importancia del petróleo, pero mostrando más la cara institucional del proceso de democratización venezolano.

Finalmente, más allá de la tendencia prevalente hoy y que resalta únicamente los aspectos más oscuros de los partidos políticos venezolanos, es bueno reconocer que los partidos políticos han jugado un papel protagónico en la vida política venezolana. Los partidos tuvieron un papel privilegiado y central en el ordenamiento político, ante la ausencia de organizaciones propias de la sociedad civil (Vaivads, 1999). Ellos dotaron al sistema de una gran regularidad (Torres, 1980), han actuado de manera constante en la organización de la sociedad civil, en la formación de las decisiones públicas en las más diversas áreas y en la solución de los problemas cotidianos de la población a todos los niveles y en todas las regiones (Alvarez, 1996).

Además, se convirtieron en los principales, y casi únicos, canales de vinculación entre el Estado y la sociedad, fueron los agentes de socialización de la población en los valores y prácticas democráticas, así como los vehículos de articulación y representación de intereses sectoriales (Kornblith, 1998). Por otro lado, los partidos aseguraron la confianza de la población en los mecanismos de la democracia representativa, respetando la regla de la mayoría en la elección de las autoridades, garantizando la regularidad y respeto a las elecciones, la alternabilidad en el gobierno y la estabilidad política.

## **2. Los sentimientos antipartidos: el declive del sistema de partidos**

Si en el apartado anterior pudimos señalar la importancia innegable que los partidos políticos han tenido en el desarrollo del sistema democrático contemporáneo, no es menos cierto que, en los últimos años, se observa un consenso generalizado sobre el proceso de crisis que éstos están viviendo y que, en opinión de algunos, podría llevarles incluso a desaparecer o ser sustituidos por organizaciones de carácter no partidista. En la bibliografía contemporánea sobre los partidos políticos (Bartolini y Mair, 1990) los temas del cambio y la transformación son los dominantes, poniendo en duda su capacidad y competencia para llevar adelante muchas de las funciones que tradicionalmente se les han venido asignando.

Venezuela ni ha escapado a esta crisis de los partidos, ni su crisis tampoco ha pasado desapercibida para nadie. Tan es así que autores foráneos, interesados en nuestros procesos sociopolíticos, consideran que "el caso venezolano es singular, entre otras razones, por el descrédito generalizado de los partidos políticos en el que ha desembocado" (Paramio, 1999a:38. También, Lyne, 1997:9, O'Donnell, 1996:9).

La crisis de nuestro sistema de partidos viene de lejos. Se ha señalado que desde 1973 hasta las elecciones de 1988, el sistema político venezolano gozó de un alto nivel de estabilidad expresado en un sistema de partidos estable y una participación electoral masiva (Vaivads, 1999). Las elecciones de 1988, ganadas por Carlos Andrés Pérez y AD con amplio margen, fueron las últimas que se inscri-

ben en el patrón prevaleciente desde 1958 y acentuado a partir de 1973: fuerte presencia de AD y COPEI, candidatos presidenciales fuertes de estos partidos, polarización entre ellos y escasas posibilidades de ganar para aspirantes extra-partido (Maingon y Sonntag, 2000).

El proceso electoral de 1993 es un paso más en esta dinámica de ruptura con el sistema de partidos. Con la crisis de AD tras el gobierno de Pérez, el Presidente Caldera, que había abandonado el otro gran partido (COPEI), regresa a la presidencia apoyándose en un movimiento propio y en una coalición de pequeños partidos (*el chiripero*). Lo hace, además, con un discurso antisistema, en lo político y en lo económico. Lo que sucede en las elecciones de 1993, el triunfo de Rafael Caldera y la alta votación de la Causa R, han sido vistos como una anticipación de lo que vendrá después (Petkoff, 2000:88). Ambas son expresiones del descontento nacional respecto a los grandes partidos AD y COPEI. En un caso, el de Caldera, a través de un hombre, fundador de la democracia, sin una organización y con el solo peso de su propia personalidad, y en el otro, la Causa R, forma más radical del sentimiento de un país que estaba ya definitivamente en contra de AD y COPEI (López Maya, 1995).

En las elecciones de 1998, la primera vez que los venezolanos votan sólo para elegir presidente de la república, Hugo Chávez Frías y su alianza, el Polo Patriótico, triunfan con el 56.2% de los votos, con una abstención del 36.5. El 6 de diciembre de 1998 no hubo una elección más. No ocurrió un mero cambio de guardia, como la tradicional sustitución de Acción Democrática por COPEI, o viceversa. Fue el fin de una época, “desplazando a organizaciones políticas que se creían eternamente arraigadas en la sociedad” (Maingon y Sonntag, 2000:57). Esta

votación la va a mantener Hugo Chávez en la elección presidencial del año 2000, siendo elegido con el 59.7 de los votos, aunque con una abstención cercana al 44%. Un determinado esquema de hegemonía política parecería haber llegado a su fin, dando paso a otro nuevo, igualmente hegemónico.

Esta crisis de los partidos que acabamos de describir va a ir acompañada de críticas a los partidos. Las críticas a los partidos, en muy distintos tonos y maneras, provinieron de los más diferentes frentes y sectores. Los descontentos no iban dirigidos ni al sistema democrático ni, incluso, a la Constitución vigente, sino a los actores políticos, los partidos, a quienes se les cuestiona el abuso de la función de representación, su mediatización en función de intereses partidocráticos, su configuración centralista y disciplinada en torno a la oligarquía dirigente, y el control hegemónico de la sociedad civil y sus expresiones asociativas.” (Combellas, 1994:23).

En palabras de un político experimentado, desde finales de los 70, los dos grandes partidos que dirigieron a Venezuela, AD y COPEI, comenzaron a ser percibidos por el país cada vez con más desdén, como máquinas pragmáticas de carácter estrictamente electoral, incapaces de pensar el país, de pensarse a sí mismos y de pensar el sistema político, cada vez más incompetentes y cada vez más corruptos (Petkoff, 2000:75). Una profunda desafección hacia unos partidos concretos había terminado por imponerse.

Entre los barómetros más fiables para conocer la profundidad de lo que acabamos de afirmar se suele hacer referencia a varias cuestiones (Jáuregui, 1994, Alvarez, 1996): la *evaluación* que de ellos hacen y la *credibilidad* y *confianza* que en ellos tiene la población, en comparación con otras instituciones o grupos; el nivel de *afiliación de los partidos* y

el nivel de participación en los procesos electorales y, particularmente, la *volatilidad electoral*.

En relación con la *evaluación negativa* que los venezolanos hacen de los partidos políticos, tendríamos que decir que el fenómeno no es, ni mucho menos, nuevo o reciente. Casi podríamos decir que la edad de oro de los partidos políticos, en términos de credibilidad o evaluación mayoritariamente positiva, nunca existió y, en consecuencia, es bueno evitar el riesgo de establecer comparaciones nostálgicas con ese tiempo pasado de carácter general que nunca fue mejor.

Ya en 1979, en un trabajo que se ha convertido en referencia obligada (Baloyra y Matz, 1979), se hace referencia al bajo prestigio de los partidos políticos. De ellos se decían ya entonces cosas muy parecidas a las que se escuchan ahora y los porcentajes de adhesión a esos contenidos negativos eran altos. El incremento de la evaluación o valoración negativa de los partidos por parte de los ciudadanos fue creciendo, hasta alcanzar rechazos masivos en fechas más recientes (Zapata, 1996).

Hoy, la gran mayoría de los venezolanos (Tabla I) declara su acuerdo con la afirmación de que los partidos políticos no sirven para nada, que son más los problemas que crean que los que resuelven o que los políticos no se ocupan de los problemas de la gente común, sino de sus propios asuntos e intereses, aunque se les siga asignado alguna importancia para la democracia.

Sin embargo, hubo una etapa en la que estas actitudes o juicios negativos no afectaban la participación, no se traducían ni en apatía ni en disminución de la participación. Se daba entonces lo que se ha llamado *cinismo político* (Baloyra, 1979; Rey, 1989). La desafección política consistió, durante ese tiempo, precisamente en esa combinación de cinismo y participación política y permitía una *participación* que podríamos calificar como *desconfiada*. Esa evaluación negativa de los partidos, mantenida a lo largo del tiempo y unida a otros indicadores que revisaremos a continuación, ha contribuido a que progresivamente hayan ido perdiendo, en opinión de la gente, su importancia como instituciones fundamentales del sistema democrático.

**Tabla I**  
**Grado de acuerdo con algunas proposiciones expresivas de actitudes sobre los partidos políticos**

| Proposiciones sobre los Partidos Políticos                    | Nivel de Acuerdo |      |      |      |      |      |      |
|---|------------------|------|------|------|------|------|------|
|   | 1973             | 1983 | 1987 | 1991 | 1994 | 1996 | 1999 |
| Los partidos políticos no se preocupan de la gente común      | --               | 66   | --   | 82   | 87   | --   | 80   |
| Los partidos políticos sólo se preocupan por ganar elecciones | 70               | --   | --   | --   | --   | 80   | --   |
| Los partidos políticos dan más problemas que soluciones       | --               | --   | 75   | --   | --   | --   | 82   |
| Los partidos políticos son importantes para la democracia     | 70               | --   | 68   | 62   | --   | 64   | 47   |
| Los partidos políticos no sirven para nada                    | ---              | --   | --   | --   | --   | 62   | --   |

Fuentes: 1973: Baloyra y Matz (1979); Consultores 21 (1983, 1987, 1991); 1994: Pensamiento y Acción; 1996: Zapata; 1999: CONICIT.

Bajo la categoría "Nivel de Acuerdo" hemos agrupado las respuestas dadas a las alternativas "Mucho" y "Bastante".

El *sentimiento de desconfianza* hacia la política, los políticos y los partidos es otro aspecto que ha venido mostrándose, también en forma reiterada, como un efecto de esa evaluación negativa. Siguiendo a Luhmann (1988), podemos diferenciar dos tipos de confianza: la confianza explícita que depositamos en una persona o institución a la hora de tomar decisiones riesgosas (*trust*) y la confianza implícita que manifestamos al recurrir de forma rutinaria (no reflexiva) a personas o instituciones en la actividad social (*confidence*).

La identificación con un partido concreto supone una confianza explícita, ya que cada vez que se vota por él se está tomando una decisión en condiciones de riesgo; pero también conlleva una confianza implícita en el sistema político, ya que la decisión de votar a un partido se hace porque se cree que el votar es una manera eficaz de seleccionar a los gobernantes, de defender los propios intereses o de garantizar el buen funcionamiento de la democracia. La dinámica de la relación entre estas formas de confianza política parece seguir una secuencia en su proceso de generación de desconfianza: el descontento con el gobierno de turno da paso a la desconfianza hacia las instituciones políticas y a la consiguiente alienación respecto al sistema político (Gamson, 1968). El descontento con los gobiernos se puede traducir en desconfianza hacia los partidos políticos cuando éstos frustran las expectativas de los electores.

En el sistema bipartidista que tuvimos en Venezuela, está dinámica funcionó con una lógica y regularidad tales que dio lugar al fenómeno de la alternancia conocido en el país como la "ley del péndulo": tras una experiencia negativa con un partido en el gobierno, se cambia a otro de signo contrario. Pero si el nuevo gobierno, a juicio de los votantes, resulta igualmente incapaz de resolver los problemas socia-

les, los electores pueden sentir que los partidos son incapaces de realizar su tarea de representación de las demandas ciudadanas. Si, además, como también sucedió entre nosotros, se da un cambio de discurso o de actuación cuando se asumen responsabilidades de gobierno, o se producen cambios rotundos respecto a lo que se esperaba, la desconfianza política llega a su tope y se produce, como consecuencia, la ruptura de lealtades y se abre el proceso de desalineamiento partidista (Vaivads, 1999). Los segundos gobiernos de Carlos Andrés Pérez y Rafael Caldera contribuyeron al colapso definitivo de la confianza.

Carlos Andrés Pérez, tras las elecciones de 1988, llegó a segunda presidencia con un aura de impulsor de prosperidad (primer gobierno, 1974-1979), pero, una vez en la Presidencia, optó por un giro radical. El choque entre las expectativas populares y la realidad inmediata se tradujo en la explosión social de febrero de 1989 (Molina y Pérez, 1999) Rafael Caldera, por su parte, llega a su segundo gobierno bajo la promesa de volver atrás, rechazando el plan inicial de Carlos Andrés Pérez. Tras un breve ensayo de retorno al populismo debió volver a la ortodoxia económica, provocando una nueva frustración. No es de extrañar, entonces, que la desconfianza hacia los políticos y los partidos se haya venido profundizando hasta convertirse en una crisis de grandes proporciones.

Las valoraciones de los partidos en cuanto instituciones dignas de confianza y credibilidad, aunque nunca fue un atributo distintivo de ellos, han venido descendiendo hasta ocupar, desde hace tiempo, la última de las posiciones, sólo próxima a la de los sindicatos, como nos muestra la Tabla II.

La confianza, como lo hemos señalado en otro lugar (Zapata, 1996), está muy rela-

**Tabla II**  
**Grado de confianza y credibilidad en los Partidos Políticos dentro de un conjunto de instituciones (1989-2000)**

| Instituciones          | Nivel de confianza y credibilidad |      |      |      |      |      |      |
|------------------------|-----------------------------------|------|------|------|------|------|------|
|                        | 1989                              | 1991 | 1993 | 1995 | 1998 | 1999 | 2000 |
| Iglesia                | -                                 | -    | 62   | 46   | 56   | 57   | 56   |
| Medios de Comunicación | -                                 | 51   | 61   | 55   | 63   | 59   | 62   |
| Fuerzas Armadas        | 48                                | 32   | 38   | 36   | 42   | 65   | 62   |
| Empresa Privada        | 31                                | 35   | 32   | 25   | 43   | 40   | 46   |
| Gobierno               | 40                                | 36   | 31   | 33   | 17   | 62   | 53   |
| Poder Judicial         | -                                 | -    | -    | 23   | 20   | 25   | 36   |
| Sindicatos             | 32                                | 24   | 26   | 14   | 13   | 23   | 21   |
| Partidos Políticos     | 19                                | 17   | 20   | 12   | 10   | 17   | -    |

Fuentes: 1989-1998, 2000: Consultores 21, Estudios continuos, Segundo Semestre de cada año; 1999 (CONICIT) Bajo la categoría "grado de confianza y credibilidad" hemos agrupado las respuestas a "Mucha" y "Bastante".

cionada con la percepción del esfuerzo por resolver algo. La lógica indica que aquellas instituciones que son percibidas esforzándose por hacer algo por el país, serán las que reciban más adhesión, apoyo, en una palabra, más confianza; y al contrario. Aunque podemos entender que la confianza nunca será total, un nivel de confianza superior al de la desconfianza es condición necesaria para seguir prestando apoyo, pues en un sistema democrático, por más participativo que éste sea, los ciudadanos nunca gobernarán directamente, sino que depositarán su fe en instituciones que asuman la responsabilidad por los intereses y preferencias colectivas.

La pérdida de confianza en los partidos como cauces de representación social, la pérdida de fuerza y capacidad representativa de las organizaciones intermedias, son las que hacen posible la aparición de hiperliderazgos que pueden favorecer la aparición de *democracias delegativas* (O'Donnell, 1996; 1997) en las que la legitimidad plebiscitaria sirve de recurso al gobernante para asumir po-

deres extraordinarios y gobernar por decreto, prescindiendo del control parlamentario.

Otro elemento para medir el declive de los partidos es la *pertenencia o nivel de afiliación* a ellos. Y este es otro dato que ha venido descendiendo de forma constante en los últimos quince años. Como ha sido señalado (Molina y Pérez, 1994: 1996), el proceso de socialización política que culminó con la consolidación de la identificación partidista en torno a Acción Democrática y COPEI y, en menor grado, con el Movimiento al Socialismo, fue el soporte del sistema político venezolano por casi dos décadas, desde 1973 hasta 1988. Durante este período, se instaura el "bi-partidismo atenuado", caracterizado por el amplio dominio electoral de dos partidos, Acción Democrática y COPEI, y la presencia minoritaria, pero no insignificante, del Movimiento al Socialismo (MAS).

Pero a partir de 1988 se produce en Venezuela un cambio sustancial: se pasa "de la partidización a la desalineación", de una sociedad "partidizada" por el elevado porcenta-

je de la población que se consideraba militante o simpatizante de un partido político, a un proceso de “desalineación partidista” (Molina y Pérez, 1996:223-224; 1999:78). Las identidades o lealtades partidistas tradicionales van a iniciar, desde finales de los ochenta, una erosión creciente, pasando de un 42% en 1985 a un 28% en 1993, para descender a 18% en el 98 y apenas 11% en el 2000, tal y como lo muestran los datos de la Tabla III.

Nos referimos únicamente a la “identificación partidista” con AD, COPEI y el MAS, pero somos conscientes de que en los meses anteriores a los procesos electorales de 1993 y 1998 un número importante de electores se manifestaron militantes o simpatizantes de otros partidos y/o nuevos movimientos (1993: Convergencia, 12% y Causa R, 8%; 1998 y 1999: Movimiento V República, 16% y 20%; Proyecto Venezuela, 10% y 2%, respectivamente).

Se ha señalado que la clave de la desafección política es la erosión de los vínculos de identificación entre los ciudadanos y los partidos (Paramio, 1999b). Y, como vamos a ver en lo que sigue, esa afirmación no carece de fundamento. El concepto de *identificación partidista*, como sabemos, se desarrolla en los Estados Unidos en los años 50, como un intento por explicar la estabilidad de las preferencias electorales (Campbell et al., 1960). La

identificación de los electores con un partido se considera ante todo como una actitud psicológica y para explicar esa identificación, se recurre a la socialización familiar, como primera instancia.

Converse (1969) desarrolló un modelo muy simple en el que la socialización se combina con el aprendizaje para producir la identificación partidista estable: quien vota por primera vez lo hará por el partido que lo hace su familia y si los resultados de ese voto le resultan satisfactorios, lo repetirá en la siguiente votación y así, en el futuro. Este enfoque, la exitosa socialización política por parte de Acción Democrática y, en menor medida, por COPEI, estaría en la base del bipartidismo que se instaura entre nosotros entre los años 1973 y 1988 (Molina y Pérez, 1996:195-196). Incluso toma cuerpo en expresiones como “la familia adeca o copeyana” o el más repetido axioma de “adeco es adeco...”.

En los estudios sobre identificación partidista es evidente la convicción de que la estabilidad de las preferencias electorales es buena para la democracia. Pero esta formulación que funcionó entre nosotros durante los años dorados del bipartidismo, es deudora de su tiempo, de una época de excepcional estabilidad en las preferencias electorales y de una estabilidad no menor en el campo económico y social. Porque hoy, como muy bien lo mues-

**Tabla III**  
**Evolución de las lealtades partidistas hacia los partidos tradicionales**  
**Militantes y simpatizantes de AD, COPEI, MAS**

|       | 1985 | 1987 | 1989 | 1991 | 1993 | 1995 | 1998 | 1999 | 2000 |
|-------|------|------|------|------|------|------|------|------|------|
| AD    | 27   | 27   | 27   | 21   | 13   | 10   | 9    | 3    | 6    |
| COPEI | 10   | 15   | 12   | 12   | 12   | 7    | 6    | 2    | 3    |
| MAS   | 4    | 2    | 3    | 2    | 3    | 2    | 3    | 2    | 2    |
| Total | 42   | 44   | 41   | 35   | 28   | 19   | 18   | 7    | 11   |

Fuente: 1985-1998,200: Consultores 21, Estudios Continuos, Segundo Semestre de cada año; 1999: Encuesta CONICIT. Se toman como militantes o simpatizantes a quienes dicen identificarse con AD, COPEI o el MAS.

tra V. Pereira en un trabajo reciente (Pereira, 1999), nos encontramos con otra situación.

Los cambios sociales ocurridos, la mayor influencia de los medios de comunicación, la elevación del nivel educativo, etc., se traducen en formas y medios diferentes de socialización y en una menor fuerza de los vínculos de identificación partidaria y, por tanto, este debilitamiento puede representar un hecho tendencial (Dalton, 2000; Schier, 2000).

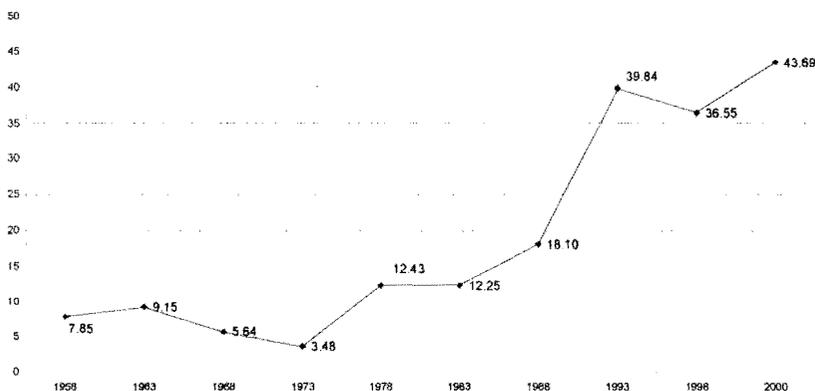
Sabemos que la frustración de expectativas y la existencia de situaciones de crisis económica y social afectan la identidad partidista (Fiorina, 1997:405). Y lo vivido en Venezuela en los últimos años abunda en crisis de expectativas y crisis económica, aderezadas con casos de corrupción administrativa pública y privada. En esas circunstancias se dan dos *elecciones críticas*, utilizando la expresión de Burnam (1970), las del 93 y las del 98 y, en alguna medida, las del 2000, y con dos hechos novedosos: incremento o mantenimiento de la abstención e importantes de alineamientos y realineamientos partidistas que afectan especialmente a AD y COPEI.

La abstención, que ya había comenzado a dar sus primeras señales en las elecciones nacionales del 88, nos llega definitivamente, para quedarse, en los procesos sucesivos. Y nos llega, además, de forma alarmante (Gráfico 1).

Tomando sólo las cuatro últimas elecciones presidenciales, observamos que la abstención que en 1988 alcanzó el 18.1%, en el 93 se elevó al 39.8%, en el 98 ubicó en el 36.5%, y en el 2000 se eleva, de nuevo, a 43.5%. En las últimas tres elecciones presidenciales, casi el 40% de la población se ha quedado sin participar en el proceso, además del crecimiento del voto nulo: del 1,7% en 1988 se pasa a 6,45% en el 98 y a casi 5% en el 2000.

Votar es una forma singular de participación política. Una participación electoral elevada constituye un indicador de que los ciudadanos se interesan por los asuntos políticos y se sienten vinculados a los partidos y al propio sistema político. La abstención, por el contrario, es la manifestación de un desinterés o de una distancia entre ciudadanos, instituciones y partidos y que no favorece el

**Gráfico 1**  
**Abstención Elecciones presidenciales (1958 – 2000)**



Fuente: Consejo Supremo Electoral/Consejo Nacional Electoral.

desarrollo de la democracia. Si en algo están de acuerdo los estudios más recientes sobre la abstención es que factores como el interés por la política o el nivel de compromiso e implicación política a través de la identificación con los partidos, la ideología o con el propio sistema son las variables que más aportan a la explicación del fenómeno de la abstención (Anduiza, 2000:57).

Algo de todo eso o todo junto ha estado presente en una parte significativa de los electores en los últimos procesos venezolanos. Como consecuencia, un importante grupo de electores que tradicionalmente votaron por uno u otro de los grandes partidos, en un momento determinado, se retiran del proceso electoral. Ya no se sienten identificados y/o representados por esos partidos.

Pero, además, en esos mismos procesos se dan significativos *desalineamientos electorales*. Henry Vaivads (1999) ha intenta-

do una aproximación explicativa de este fenómeno. Hay dos síntomas que caracterizan un proceso de desalineamiento: la erosión de los niveles de identificación partidista y la disminución de la asistencia electoral (Dalton y Watterberg, 1993; 2000). Dos síntomas que, como acabamos de ver, se han venido haciendo presentes entre nosotros.

El análisis de los resultados de las elecciones al Congreso/Asamblea Nacional (Tabla IV) nos muestra que desde 1993 se ha venido produciendo una erosión de los alineamientos partidistas en una doble dirección: por un lado, son menos los electores identificados con los dos grandes partidos tradicionales y, por el otro, aun cuando se da una identificación, el vínculo es mucho más débil que en el pasado.

Los realineamientos que se han dado en las elecciones del 93, 98 y 2000 (las que hemos llamado críticas), no se producen por

**Tabla IV**  
**Resultados de las elecciones parlamentarias en Venezuela: 1983-2000**

| Agrupación Política               | 1983  | 1988  | 1993  | 1998  | 2000  |
|-----------------------------------|-------|-------|-------|-------|-------|
| AD                                | 49,90 | 43,24 | 23,34 | 24,09 | 16,11 |
| COPEI                             | 28,68 | 31,06 | 22,62 | 11,96 | 5,10  |
| MAS                               | 5,74  | 10,14 | 10,81 | 8,88  | 5,03  |
| CONVERGENCIA                      | —     | —     | 13,60 | 2,46  | 1,07  |
| La Causa R (LCR)                  | 0,54  | 1,65  | 20,68 | 2,98  | 4,41  |
| Patria Para Todos (PPT)           | —     | —     | —     | 3,45  | 2,27  |
| Movimiento V República (MVR)      | —     | —     | —     | 19,87 | 44,38 |
| Proyecto Venezuela (PRVZL)        | —     | —     | —     | 10,44 | 6,94  |
| Movimiento Primero Justicia (MPJ) | —     | —     | —     | —     | 2,47  |
| Unión Nuevo Tiempo (UNT)          | —     | —     | —     | —     | 1,76  |
| Alianza Bravo Pueblo (ABP)        | —     | —     | —     | —     | 1,10  |
| Otras                             | 15,14 | 13,91 | 8,95  | 15,87 | 9,36  |

Fuentes: CSE, CNE. En las elecciones de 1993 y de 1998 se eligieron separadamente a los Diputados y a los Senadores. Los resultados que aparecen en el Cuadro, referidos a esas elecciones, son los correspondientes a los votos obtenidos para Diputados.

*conversión* (paso de un partido a otro), sino por *desidentificación* con unos (en forma de abstención) o por el simple *desplazamiento* hacia otros. Además, hemos asistido al fenómeno de partidos, movimientos o agrupaciones políticas emergentes, - Causa R y Convergencia, en 1993; Proyecto Venezuela y Movimiento V República, en 1998 - que fueron el destino final de esos desplazamientos.

Con una característica adicional, como bien lo señala Molina (2000): el apoyo dado a estas organizaciones emergentes gira en torno a la figura de un líder carismático y no es posible hablar en esos casos de "identificación partidista", pues este es un concepto que supone que las fuerzas políticas describen una trayectoria relativamente larga. Tampoco podemos decir que esos movimientos políticos se hallen lo suficientemente estructurados y consolidados ni en el tiempo ni en las preferencias del electorado (Hidalgo, 1998:65; Mainwaring y Scull, 1995:4-16). A algunos de esos movimientos, más bien podemos tratarlos como fenómenos políticos efímeros, pues, pasadas las elecciones, buena parte de sus votantes parecen pasar a engrosar las filas de "el partido de ninguno" (Salamanca, 1996:338).

Finalmente, todo esto ha dado paso a la presencia de una nueva característica en el comportamiento electoral venezolano: la *volatilidad electoral*. Se entiende por volatilidad electoral la tendencia o propensión del elector a modificar su voto entre una elección y otra (Pedersen, 1983:188-189) y nos indica el porcentaje de votos que unos partidos ganan y otros pierden desde la elección anterior. La baja volatilidad es un aspecto sobre el que se llama la atención al hablar del proceso de consolidación de los partidos políticos venezolanos (Hidalgo, 1998). La alta volatilidad es uno de los signos de lo contrario,

de la inestabilidad y erosión de los partidos, un claro reflejo de la disminución de la identificación partidaria.

Y la volatilidad (Tabla V) ha sido una característica que se ha hecho especialmente patente en los resultados de las tres últimas elecciones presidenciales (Molina, 2000:45). La volatilidad, desde la actitud de los electores, además de constituir una clara expresión de la disminución de las lealtades partidarias ya mencionadas, puede estar expresando también que el voto depende cada vez menos de determinantes de largo plazo (tradición familiar, socialización política, pertenencia a determinados grupos, etc.) y cada vez más de factores a corto plazo, de factores coyunturales (crisis económica, percepción de las alternativas ofrecidas, prioridad otorgada a determinados temas o áreas, eficacia y credibilidad percibidas en los candidatos y movimientos, etc.).

Y aunque hablamos de un "electorado volátil", no es menos cierto que también podríamos hablar de volatilidad en los partidos a la hora de establecer sus propuestas u orientaciones. Baste recordar que para las elecciones del 2000 AD, COPEI, Convergencia, Proyecto Venezuela y Patria Para Todos ni tuvieron candidato propio ni candidato oficial, dejando "libres" a sus seguidores.

### **3. Las razones de la crisis de los partidos venezolanos**

Hasta aquí los datos y su lectura. Como señalábamos al comienzo, nuestro *sistema populista de conciliación de élites* dependía, entre uno de sus tres pilares fundamentales, de la presencia y buen funcionamiento de unas organizaciones políticas, de unos partidos, con capacidad para canalizar y representar las demandas de la población, asegurando así la confianza de los representados. Y todo lo que

**Tabla V**  
**Resultados de las elecciones presidenciales en Venezuela: 1983-2000**

| Agrupación Política          | 1983  | 1988      | 1993       | 1998       | 2000       |
|------------------------------|-------|-----------|------------|------------|------------|
| AD                           | 55,38 | 52,75     | 23,23      | 9,05       | *          |
| COPEI                        | 32,66 | 40,08     | 22,11      | 2,05       | *          |
| MAS                          | 3,81  | 2,71      | 10,59      | 9,05       | 8,70       |
| CONVERGENCIA                 | —     | —         | 17,03      | *          | *          |
| La Causa R (LCR)             | 0,09  | 1,37      | 21,95      | 0,11       | 18,95      |
| Patria Para Todos (PPT)      | —     | —         | —          | 2,19       | *          |
| Movimiento V República (MVR) | —     | —         | —          | 40,17      | 48,11      |
| Proyecto Venezuela (PV)      | —     | —         | —          | 28,75      | *          |
| Francisco J. Arias C. (FJAC) | —     | —         | —          | —          | 13,87      |
| Encuentro                    | —     | —         | —          | —          | 2,72       |
| Otras                        | 15,14 | 13,91     | 8,95       | 15,87      | 7,65       |
| <b>Volatilidad</b>           |       | <b>7%</b> | <b>48%</b> | <b>75%</b> | <b>51%</b> |

Fuentes: CSE/CNE. Molina y Pérez (1999) Los partidos señalados con \* no postularon candidato presidencial para las Elecciones. La volatilidad electoral se calcula sumando las diferencias entre los porcentajes de votos entre una elección y la anterior, para cada uno de los partidos que compitieron en ellas, dividiendo ese resultado entre dos.

hemos analizado en el apartado anterior nos ha mostrado todo lo contrario, la erosión de esas capacidades en los partidos. ¿Por qué?

Nuestro estudio, como lo mencionamos al comienzo, contó con otra fuente de información: la obtenida a través de una entrevista en profundidad hecha a cincuenta líderes. El análisis de sus respuestas a las preguntas referidas a la evaluación de los partidos políticos y la convergencia de sus opiniones nos permiten identificar, al menos, cuatro elementos, cuatro “patologías partidistas” (Blanco, 2001) que ayudan a comprender la crisis de los partidos.

La primera causa de ese deterioro se ubica en la *incapacidad de los propios partidos para cambiarse a sí mismos y para introducir en el sistema los cambios necesarios*. Un actor independiente, especialista en Derecho Constitucional, nos lo resume así: “El sistema de Estado centralizado de partidos, cons-

truido a partir del 45 y luego a partir del 58, no pudo evolucionar en sí mismo por la incompreensión del liderazgo de los partidos políticos que no supieron introducir a tiempo las reformas necesarias para que pudiera abrirse la democracia. Eso condujo a una crisis terminal del sistema, con el deterioro de los partidos y con la necesidad de reconstruir todo el sistema político (...) Eso es lo que nos ubica en la situación actual, independientemente de la crisis económica que ha estado paralela al proceso de carácter político”.

Porque como bien lo señala otro líder, también independiente, “las señales de que este componente del sistema, los partidos políticos representados por AD y COPEI, no estaba funcionando, fueron muchas y diversas,— el ‘caracazo’, los dos golpes militares, la victoria electoral de un Caldera y su ‘chiripero’ opuestos a ellos, el estrepitoso ascenso en 1993 de la Causa R, etc.—. Pero esas señales no

fueron cabalmente entendidas por quienes gobernaban el país desde 1958”.

Si los firmantes del Pacto de Punto Fijo asignaban a algunas de las condiciones iniciales un carácter provisional, bien podíamos esperar su desmontaje a medida que la democracia se fuera consolidando (Penfold, 2000). Ello no sucedió y el no hacerlo significó que la democracia inicial justificadamente excluyente, terminara en una democracia “hiperorganizada y elitista” (Rey, 1991:547), y que aquella democracia mínima inicial que pretendía maximizar la probabilidad de un mínimo satisfactorio de democracia (Rey, 1989:266) fuera, por insuficiente, generando en una auténtica crisis de la democracia (Prezeworski, 1995:155), terminando por convertirse en una especie partidocracia, en el gobierno de los partidos, por los partidos y para los partidos (Ayala, 1994:712).

“Muchas personas estaban reclamando el cambio, reclamando las transformaciones – nos dirá otro actor independiente –, pero en verdad los dirigentes fueron bastante sordos. Los políticos, los partidos políticos Acción Democrática y COPEI, se cerraron al cambio de una forma tan asombrosamente inentendible que provocaron el fenómeno Chávez. Es decir, su incapacidad y su sordera para lograr las transformaciones están en la base de las causas de la crisis del país. Tal es el caso, por ejemplo, de la reforma constitucional y muchas otras cosas”.

La idea de la reforma, cambio o modificación de la Constitución de 1961 es aducida por varios de los entrevistados como un indicador de esa sordera e incapacidad de los partidos para cambiar, para poner en marcha procesos que condujeran a nuevos equilibrios. Este punto ha sido analizado de manera detallada y completa por muchos (Ayala, 1994; Combellas, 1994; Kornblitz, 1998; Maignon

et al., 2000; Sonntag y Maignon, 1992). La necesidad de reformar la constitución, de adaptar su contenido a las transformaciones ocurridas en la sociedad venezolana era una idea compartida. Los sucesos del 27 de febrero de 1989 concretaron las iniciativas y el 6 de junio de 1989 se designó una Comisión Bicameral Especial, presidida por Rafael Caldera.

Los acontecimientos del alzamiento militar del 4 de febrero de 1992 introdujeron un carácter de urgencia a la discusión y contribuyeron a que muchos vieran a la Comisión y a su trabajo como una vía adecuada para diseñar opciones ante las circunstancias difíciles que vivía el país. Sin embargo, en septiembre de 1992, efectuadas ya las dos discusiones reglamentarias en la Cámara de Diputados y la primera en la Cámara del Senado, se detuvo el debate, lo que constituyó, por parte de AD y de COPEI, “una clara muestra de su falta de visión a futuro y su ceguera coyuntural (...), porque cerró el camino hacia una reforma constitucional dentro de los márgenes del ordenamiento político-jurídico de 1961” (Maignon et al., 2000: 40-41).

Conviene no olvidar que a mediados de ese mismo año de 1992, los protagonistas del primer intento de golpe, publicaron desde la cárcel un manifiesto, “Nos alzamos por la Constitución”, en el que, entre otras cosas, convocaban a una Asamblea Nacional Constituyente para que redacte una nueva constitución acorde con el nuevo tipo de sociedad que el pueblo quiere (MBR-200, 1992). Posteriormente el doctor Caldera convertirá la tan anhelada reforma profunda de la Constitución en una de sus banderas de la campaña electoral de 1993 (López Maya y Gómez Calcaño, 1996), pero quedará en una promesa incumplida (López Maya y Lander, 1999). Será, finalmente, Hugo Chávez quien, tras haber convertido en tema central de su campaña de 1998

la reforma constitucional y la convocatoria a una Asamblea Nacional Constituyente, lleve a cabo esta reforma, cuya historia conocemos (Maignon et al., 2000).

Los partidos políticos, pues, no entendieron que una de las principales virtudes de los gerentes del sistema político es su capacidad de renovarse, corrigiendo paso a paso sus carencias. Y aunque, bueno es reconocerlo, se adoptaron reformas en distintos ámbitos – elección popular de los gobernadores de Estado y de los alcaldes, diversas modificaciones a la Ley Orgánica del Sufragio, reformas relativas a la descentralización, Ley Orgánica de Justicia de Paz, nuevo Código Orgánico de Procedimiento Penal, etc.-, pareciera quedar la duda sobre las verdaderas razones de las reformas o, peor aún, el convencimiento de que había una profunda resistencia al cambio (Grindle, 2000: 37-93).

Pero, además, hay otras patologías, mayoritariamente compartidas también, con las que nuestros líderes explican el deterioro de nuestros Partidos Políticos. La primera de ellas se refiere al tipo de relaciones, las *relaciones clientelares*, que los Partidos fueron consolidando y que han sido fuente de desviaciones y de corrupción y que, incluso, se concretan en unas relaciones partido-Estado en función de privilegios y corruptelas. Basten algunas referencias como ejemplo de lo que quieren decir.

Un líder, por muchos años militante de uno de los grandes partidos, afirmará: “Hemos tenido unos partidos que han alimentado el sistema clientelar. Ese esquema ha sido realmente perverso, tan perverso que el clientelismo ha terminado devorando a quienes les daban su cuota”. Este esquema clientelar es visto como la madre de todos los vicios y de todas las perversiones del sistema político: “Los partidos políticos anteriormente, - dirá

un excopeyano con funciones y cargos importantes en el pasado - formaban por una mística, en unos ideales, tenían una doctrina, una ideología y todo eso cohesionaba a la gente, a la militancia (...) Eso se acabó. Y así, una vez que tú no tienes poder, esa clientela se va, se busca otra bodega donde le despachen”. Un independiente, miembro de la Asamblea Nacional Constituyente (ANC) por el Polo Patriótico nos dirá: “Nuestros partidos son, han sido clientelares. Y el clientelismo ha empobrecido la capacidad política del país; el clientelismo ha contribuido a que la pobreza sea no sólo económica sino también política”. Finalmente, un independiente, uno de los pocos no alineados con el Polo Patriótico y miembro de la ANC, afirmará: “Los efectos de las relaciones clientelares de nuestros partidos han sido terribles: la corrupción de todo el aparato del Estado, la creación de un gigantesco parasitismo burocrático, socialmente estéril, que no le presta ningún servicio al ciudadano, que no hace nada, la perversión de la cultura política del venezolano, del cargo como prebenda, como garantía de fidelidad, como premio”.

El tema del clientelismo no ha estado ausente en el estudio del funcionamiento de las democracias (Roniger y Gunes-Ayata, 1994; Martz, 1996), ni de la venezolana (Hillman, 1994). O'Donnell (1996:17-18) relaciona el clientelismo y, más generalmente, el particularismo, con las deficiencias de algunas democracias latinoamericanas, cuya presencia conduce a “un cinismo generalizado hacia las instituciones formales de la poliarquía, sus ocupantes y los ‘políticos’ en general”, porque una cosa es el discurso y otra bien distinta la práctica y comportamiento real. El clientelismo ha sido definido (Heredia, 1997:3) como “un conjunto de reglas y prácticas para la organización política, la representación y el control de los intereses y demandas

sociales, basado en la subordinación política de los ciudadanos a cambio de la provisión discrecional de recursos y servicios públicos a los que, en principio y según la ley, todos tienen acceso abierto.” El político se apropia de los recursos públicos para obtener la subordinación política, pero quienes se le subordinan obtienen a cambio y discrecionalmente lo que deberían ser bienes de acceso público. El clientelismo se convierte así en una forma de intercambio, y al particularismo de los políticos corresponde el particularismo de los actores. Con ello, nos dirá O’Donnell (1996: 17) se dan diversos tipos de “relaciones no universalistas, desde transacciones particularistas jerárquicas, patronazgo, nepotismo, favores, etc., hasta acciones que, según las reglas formales del complejo constitucional, serían consideradas corruptas”

El intercambio particularizado existe en todos los sistemas políticos, incluso en los más democráticos y formalmente institucionalizados (Fiorina, 1997). El mismo Rey (1989: 257-260), refiriéndose a nuestro sistema político, hace referencia a la presencia de “importantes mecanismos de tipo utilitario” que no implicarían una crítica o valoración negativa. El problema está en el grado o peso que esos mecanismos tengan y que sean lo suficientemente importantes como para requerir un reconocimiento conceptual, como ha sido nuestro caso.

A los vínculos clientelares (el intercambio particularizado) fuertemente arraigados en la política latinoamericana se los ha presentado como un factor muy importante para explicar algunos de sus rasgos anómalos. Lyne (1997: 14-17) presenta el predominio de estos vínculos como origen de un dilema del votante que debe preferir siempre racionalmente las promesas particularizadas a la defensa de los intereses generales, lo que en bu-

na lógica impedirá la aparición de partidos programáticos y agregadores de preferencias y capaces, por tanto, de presentar ofertas diferenciadas a los electores. Nuestra realidad política venezolana, lo sabemos, ha sido abundante en este tipo de relación y de intercambio. Quizás ello no permitió ver que el sistema para lo que servía era para agregar votos, pero no preferencias y que, en consecuencia, nos encontraríamos con enormes dificultades a la hora de formular o desear implantar políticas encaminadas al interés general del país. No olvidemos que la intermediación o relación clientelar depende, en buena medida, de la disponibilidad de fondos públicos y, en tal sentido, la crisis económica y fiscal debilitó sustancialmente esas relaciones. Y como los nexos eran fundamentalmente utilitarios, pragmáticos, de intercambio, una vez que los partidos pierden la capacidad de hacer política clientelar con los bienes y recursos públicos (“olla vacía” u “olla raspada”), lo que pasa a dominar el escenario son los temas de su ineficiencia y de su corrupción, es decir, el tema de la exclusiva apropiación privada de los recursos públicos por los propios políticos.

Se ha llegado a afirmar, incluso, que entre nosotros los venezolanos existen algunas raíces culturales que explicarían este tipo de relación. En un ensayo reciente, R. González Fabre (1997) señalará que una esas raíces está en “la prioridad de las relaciones primarias sobre las relaciones abstractas”, prioridad que abarca los aspectos éticos del comportamiento colectivo, las relaciones laborales y también las relaciones políticas. Concretamente, en el ámbito político, el autor identifica una relación típica, la de “lealtad personal-consentimiento”, muy propia de la conducta clientelar descrita, y en la que el militante ofrecerá al líder, al partido, su lealtad personal a la espera y con la promesa de recibir una

contraparte. En la política venezolana este tipo de relaciones han sido incluso mayores de lo que exigiría un simple utilitarismo cínico, maquiavélico, y constituyen una forma de moralidad, de hacer a otros y recibir de ellos un bien de reconocimiento personal (González Fabre, 1997:33).

Otra de las patologías de los partidos venezolanos tiene que ver con su *estructura*, con el *funcionamiento interno*, con su propia *organización*. Este es un tema difícil de abordar y estudiar (Panbianco, 1990:28), pues los mismos partidos presentan una notable resistencia a todo intento de análisis de su funcionamiento interno. No obstante, nuestros entrevistados señalan el hecho y sus consecuencias.

¿Cuál es el hecho? Cuando a nuestros líderes se les pregunta sobre la organización o *estructura de los partidos* que hemos tenido en Venezuela, hay tres expresiones, al menos, que se repiten consensualmente, sin diferencias en el origen de las respuestas: nuestros partidos políticos venezolanos tienen una estructura "leninista" ("estalinista" dirán otros), son "totalitarios" y "niegan la democracia interna"

Lo que queda como mensaje del análisis de las respuestas a este punto es que los partidos políticos venezolanos fueron describiendo a lo largo del tiempo un proceso tal de degradación de su vida interna, de afirmación de tendencias no democráticas en su seno, de concentración de poderes en sus cúpulas dirigentes, que sus militantes se fueron convirtiendo en simples sujetos de manipulación. Hidalgo (1998: 91) especificará que desde principios de la década de los setenta, se acentuaron los problemas de oligarquización, faccionalismo, burocratización, clientelismo, etc. y eso es lo que ha quedado en la mente del venezolano, a pesar de que fueron introduciendo modificaciones para que la elección de autoridades y candidatos fuera más abierta y

competitiva y las regiones fueran adquiriendo mayor poder. Sin embargo. "los cogollos", "la aplanadora", "el entubamiento", la "disciplina", son expresiones ligadas a su historia.

La organización parece ser una condición imprescindible para poder llevar adelante una voluntad colectiva. Pero como ya lo planteó Michels es su obra clásica sobre los partidos políticos (Michels, 1972), las tendencias oligárquicas resultan inevitables y van unidas a la misma existencia de cualquier tipo de organización y, por tanto, también de los partidos políticos. Dado que las masas necesitan la organización para emanciparse, nos dirá, y la organización lleva en su seno el germen de la oligarquía, toda organización está sometida a la ley social de que tarde o temprano estará dominada por unos pocos: "al crecer la organización disminuye la democracia... El poder de los jefes crece en la misma medida en que lo hace la organización", nos dirá en las primeras páginas de su obra. Con ello se produce una paradoja: que organizaciones que surgen para apoyar, desarrollar y defender la democracia se convierten en freno a esa democracia. Y difícilmente puede crear o desarrollar democracia quien no vive o funciona democráticamente.

A este aspecto presente en nuestros partidos y ya mencionado por otros (Levine y Crisp, 1999:418), se refieren nuestros entrevistados. "Si hay algo que es antidemocrático - dirá un actor, militante político por muchos años, hoy independiente- es la estructura de los partidos políticos y de todas las organizaciones gremiales y sindicales, que no se fueron por un modelo democrático de organización, sino por uno leniniano. Si la organización que soporta fundamentalmente la democracia es el partido político, y el partido político es leniniano, entonces...". Una idea presente también en el grupo de entrevistados perte-

necientes al Polo Patriótico: “La forma como se estructuraron nuestros partidos políticos tienen mucho de centralismo y muy poco de democracia; cero democracia. El esquema leniniano es el modelo que se han copiado en Venezuela casi todos los partidos”. Una idea, además, ya expresada con anterioridad por otro de nuestros entrevistados (Petkoff, 1995: 126-136) y reiterada más recientemente (Petkoff, 2000:88): “Todos los partidos políticos venezolanos son de cepa leniniana”. Y ¿cuál es la concepción de este esquema de partidos? Brevemente dicho: poder concentrado en una cúpula que acumulaba todos los poderes y decidía sobre la militancia; una organización vertical, sin más discusión y debate que los que la cúpula dirigente permita y/o controle (Lenk y Neumann, 1980). Además, dentro de ese esquema, la sociedad o las organizaciones de la sociedad son concebidas como correas de transmisión de la voluntad del partido.

No es extraño, entonces, que, casi como una consecuencia de esta concepción o estructura de partidos, se hable de la “partidocracia de la sociedad”, del *control hegemónico de la sociedad civil* o “confiscamiento de las organizaciones de la sociedad civil”. Así, la función asignada a los partidos políticos de ser instrumentos de mediación entre el Estado y la sociedad, en relación recíproca de comunicación e interacción (Neuman, 1965: 599; González Casanova, 1980: 321; García Cotarelo, 1985: 90ss.), terminó llevando a los partidos políticos a ser el centro único del poder, desplazando y excluyendo a la propia sociedad civil, elemento vital y necesario para que la democracia se consolide (Linz y Stepan, 1966:32-34). Nos encontramos, entonces, ante una paradoja: “mientras la legitimidad del modelo de partidos se desmorona..., el fortalecimiento de las organizaciones socia-

les, como ‘sociedad civil’, con capacidad de responsabilizarse de lo público, de superar la gestión de los intereses particulares de los miembros o sectores sociales que agrupan, es lento y disparateo” (Sosa, 1994:1050), y entre nosotros prácticamente inexistente.

#### 4. Concluyendo

Los partidos y la democracia de partidos que tuvimos por mucho tiempo han desaparecido y el sistema de partidos basado en el espíritu del Pacto de Punto Fijo ha colapsado definitivamente, decíamos en la introducción (Alvarez, 2000; Penfold, 2000). A lo largo de las páginas precedentes hemos aportado datos y análisis que ayudan a entender el alcance de esas afirmaciones iniciales.

Las lealtades partidistas visibles y fuertes en otro momento, hoy están claramente erosionadas. Hemos señalado algunas de las causas de esta erosión: la incapacidad de los mismos partidos para hacer frente a los nuevos retos, a los problemas económicos y sociales del país, su resistencia al cambio, la corrupción que personificaron, el sistema clientelar, etc. Indudablemente que la crisis económica contribuyó a acelerar su deterioro o a poner al descubierto aspectos que se venían incoando, pero compartimos con Molina (2000: 24) que la crisis económica ni es la única causa ni siquiera la principal de la erosión de los partidos.

También hemos mencionado la presencia de dos aspectos presentes en los procesos electorales, sobre todo, a partir de 1993: volatilidad en el voto y en las preferencias y la presencia de liderazgos circunstanciales que pudieran hacer pensar que estamos ante un nuevo fenómeno, la personalización de la política o la política de liderazgos carismáticos (Panebianco, 1990: 134-137), “carismas de

situación". Ambos aspectos son signos de la ausencia de partidos fuertemente institucionalizados. Sin embargo, estos liderazgos han servido de hilo para hilvanar la dispersión y el desconcierto, generando coaliciones circunstanciales con aquellos que gozaban del apoyo y confianza del líder respectivo, pero que se desvanecen rápidamente. Algunos de esos liderazgos de situación entran en el anonimato, pasadas las elecciones.

Que la democracia de partidos o, incluso, que el Estado de partidos que hemos tenido haya colapsado no representa, *per se*, ninguna catástrofe para el sistema democrático. A fin de cuentas, el Estado de partidos es una forma de Estado democrático. Y aunque para nuestra democracia, como para otras muchas, ese Estado de partidos resultó indispensable en un momento, bien podemos preguntarnos, sin estar pisando una zona minada, si hoy es intrínsecamente válida esa forma o modalidad.

Pero ¿es posible la democracia sin la existencia de partidos políticos? Nuestros líderes entrevistados, en mayor medida que la población general, convienen en afirmar, que "sin partidos políticos no hay democracia". Pero, al mismo tiempo, una vez criticadas las organizaciones políticas que hemos tenido, no alcanzan a aportar señales sobre cómo visualizan de cara al futuro a esos nuevos partidos imprescindibles para el buen funcionamiento del sistema democrático.

Esta no es una pregunta nueva. Y por tanto, las respuestas tampoco. Ya en 1920, Kelsen afirmaba (y prevenía) que sólo por ofuscación o por dolo puede sostenerse la posibilidad de la democracia sin partidos políticos (Kelsen, 1974: 37), advirtiendo que cualquier intento por suprimir a los partidos termina realizándose creando algún tipo de sucedáneo de éstos. Y a falta de ese partido que man-

tiene una relación privilegiada con el poder político y que sirve para suprimir el resto de los partidos, algún aparato del Estado (Fuerzas Armadas, por ejemplo) pasa a ocupar su lugar.

Una democracia, sin adjetivos, no creemos que sea posible sin partidos, o si se prefiriera, sin movimientos, proyectos, alianzas, organizaciones, en una palabra, sin oposiciones, alternativas o contrapesos (Blanco, 2001). Pero hay democracias adjetivadas, democracias "tuteladas", "vigiladas", "democracias delegativas", que pueden vivir sin partidos o con partidos muy débiles o partidos "pantalla", o, incluso, a las que los partidos, como otras muchas instituciones y organizaciones, les resultan molestas. Angel Alvarez (2000) sostiene que el nuevo orden político que se trata de afianzar en Venezuela pertenece a la familia de las democracias delegativas. Y, dentro de ese orden político, es fácil suponer qué tipo de organización política se favorecerá, máxime cuando en la nueva Constitución, a diferencia de la anterior, los partidos políticos apenas tienen rastros.

La nueva realidad necesita otras formas de hacer política y otros partidos. Algunas de las premisas que fundamentaron nuestra democracia no pueden ser sustentadas hoy con la fuerza de ayer. Instauramos una democracia representativa bajo la convicción de que existía la imposibilidad física de la democracia directa y participativa. No contaban los individuos, sino los grupos en los que se integraban. Los partidos se esforzaron por reclutar a cuantos más adeptos mejor, a cuantos más técnicos mejor, de disponer de cuadros organizativos potentes. Pareciera como si tuvieran que ser sociedades en pequeño y que, por lo tanto, debían ser capaces de tener respuesta para todo y, lo que es peor, que todo el

espacio social debía ser ocupado por ellos. Es la “confiscación” antes mencionada.

En política, lo significativo es poder construir marcos en los que el conflicto pueda ser canalizado, pero sin confundir ese marco con algo intocable y sacrosanto. La nueva política y, en consecuencia, los nuevos movimientos políticos deberán buscar la capacidad de ofrecer marcos de cohesión y mejora en los que sea posible construir un sentido de proyecto común. No existe individuo sin sociedad. Pero para ello se debe afrontar el hecho de que mientras la decisión en democracia es individual (“una persona, un voto”), la representación de intereses se construye en base a colectivos, y cada vez más, en esa tensión, los espacios para cada ciudadano concreto deberán tender a ampliarse, ofreciendo sistemas o modos de participación directa.

Los partidos deberán afrontar ese problema. Su problema no son las instituciones. Precisamente han cojeado de un exceso de institucionalismo. Deberán buscar menos lealtades incondicionales, reforzando sus proyectos, pero permeabilizando sus fronteras, y construyendo espacios públicos de decisión que atraviesen partidos y otros grupos sociales. Una sociedad democrática “con partidos”, pero no una democracia “de partidos”. Una democracia con partidos y una democracia con ciudadanos. Una sólida sociedad política y una activa sociedad civil.

### **Nota Metodológica**

La exploración cualitativa consistió en la realización de cincuenta (50) entrevistas en hechas a líderes y formadores de opinión venezolanos, incluyendo como tales a un grupo de personas que por ocupar posiciones relevantes de responsabilidad participan en la vida del país. Las entrevistas se realizaron en-

tre julio y octubre de 1999. El instrumento elaborado (guía de entrevista) consta de seis grandes capítulos temáticos, con un total de 32 preguntas abiertas. La selección de las personas a ser entrevistadas se hizo conforme a los criterios normalmente utilizados para este tipo de estudio: la posición o el cargo que ocupan, su notoriedad o influencia en los procesos de decisión política y el reconocimiento que de ellos hacen el grupo de expertos. Dado el tema a ser explorado y la fecha de realización de las entrevistas, elaboramos un listado de líderes políticos y formadores de opinión, de personalidades que, para el momento de las entrevistas, ocupaban posiciones relevantes: líderes de partidos, movimientos y organizaciones políticas, candidatos a la Asamblea Nacional Constituyente, Constituyentes elegidos, representantes de los diferentes poderes del Estado, gerentes del sector público, columnistas de diferentes medios de comunicación, dirigentes empresariales, profesores universitarios, miembros de la sociedad civil y de la iglesia. Una variable de control fue la variable política, es decir, su nivel de afinidad o distanciamiento del gobierno actual. La lista definitiva de los cincuenta principales y sus respectivos suplentes fue consensuada por un panel de 10 expertos.

*La Exploración cuantitativa.* Un cuestionario de cien preguntas fue aplicado a una muestra de 1.500 personas, representativa de la población venezolana de dieciocho años y más, en ciudades de más de 20.000 habitantes. Se elaboró una muestra estratificada con afijación proporcional en cada uno de los estratos. En cada estrato se seleccionaron aleatoriamente los segmentos censales donde estarían ubicados los puntos muestrales, a razón de un segmento por cada siete (7) entrevistados o fracción. En cada punto muestral, la elección de los entrevistados se realizó por el sistema

*random route*, controlando cuotas de sexo y edad. La entrevistas se realizaron totalmente en hogares. En total fueron seleccionados 224 puntos muestrales, en 66 centros poblados, pertenecientes a 37 áreas metropolitanas o ciudades principales. El trabajo de campo se inició el 11 de septiembre de 1999 y finalizó el 22 del mismo mes. Se emplearon un total de 85 entrevistadores y 23 supervisores. Todo el trabajo de diseño y campo fue realizado por la firma Consultores 21, S. A., así como el procesamiento de los datos. Para un valor de  $p=q$  y un nivel de confianza del 95,5%, el error muestral máximo es de  $\pm 2,58\%$ .

### Bibliografía citada

- Alvarez, Angel E. (1995). "Competencia política, igualdad de oportunidades y financiación de los partidos". En **Partidos políticos. Financiamiento y democracia**. Caracas. Fundación Konrad Adenauer. Pp.11-105.
- Alvarez, Angel E. (1996). "La crisis de la hegemonía de los partidos políticos venezolanos". En **El sistema político venezolano: crisis y transformaciones**, coord. Angel E. Alvarez. Caracas. UCV. Pp. 131-154.
- Alvarez, Angel E. (2000), "Neopopulismo y crisis de los partidos". Revista **SIC**, 628:348-351.
- Anduiza, Eva (1999). **¿Individuos o sistemas? Las razones de la abstención en Europa Occidental**. Madrid. Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Anduiza, Eva (2000). "La abstención electoral". **Revista de Occidente**, 227:44-65.
- Ayala, Carlos (1994). "La democracia venezolana frente a la participación política". En **Encuentro y alternativas. Venezuela 1994**, eds. CEV/UCAB. Caracas. Universidad Católica Andrés Bello. Pp.709-733.
- Baloyra, Enrique A. y John D. Martz (1979). **Political attitudes in Venezuela. Societal cleavages and political opinions**. Austin. University of Texas Press
- Bartolini, Stefano y , Peter Mair (1990). **Identity, competition and electoral availability. The stabilisation of european electorates (1885-1985)**. Cambridge. Cambridge University Press.
- Blanco, Roberto L. (2001). **Las conexiones políticas**. Madrid. Alianza.
- Brewer Carias, Allan R. (1990). "Bases legislativas para la descentralización política de la Federación Centralizada". En **Leyes para la Descentralización política de la Federación**. Caracas. Editorial Jurídica Venezolana. Colección Textos Legislativos.
- Burnham, Walter D. (1970). **Critical elections and mainsprings of american politics**. Nueva York. Norton.
- Campbell, Angus et al. (1960). **The american voter**. Nueva York. John Wiley & Sons, Inc.
- Combellas, Ricardo (1994). **Una constitución para el futuro. El debate constitucional en Venezuela**. Caracas. Fundación Konrad Adenauer/Panapo.
- Converse, Philip E. (1969). "Of time and partisan stability". **Comparative Political Studies**, 2:139-171.
- Dalton, Russell J. (2000). "The decline of party identifications". En **Parties without partisans**, eds. Russell J. Dalton y Martin P. Wattenberg. Oxford. Oxford University Press. Pp. 19-36.
- Dalton, Russell y Martin P. Wattenberg (1993). "The not so simple act of voting". En **Political Science: the state of the discipline II**, ed. Ada. W. Finifter. Wa-

- shington, D.C. American Political Science Association (APSA). Pp. 193-218.
- Dalton, Russell J. y Martin P. Wattenberg (2000). "The consequences of party dealignment". En **Parties without partisans**, eds. Russell J. Dalton y Martin P. Wattenberg. Oxford. Oxford University Press. Pp. 37-63.
- Fernández Toro, Julio César (1994). "Instituciones constitucionales para el nuevo federalismo venezolano. Una propuesta para la descentralización política del Estado". **Politeia**, 17:75-117.
- Fiorina, Morris P. (1997). "Voting Behavior". En **Perspectives on public choice. A handbook**, ed. Dennis C. Mueller. Nueva York. Cambridge University Press. Pp.391-414.
- Fuchs, Dieter y Hans-Dieter Klingemann (1995). "Citizens and the state: a relationship transformed". En **Beliefs in government, vol. 1. Citizens and the State**, comps. Hans Dieter Klingemann y Dieter Fuchs. Nueva York. Oxford University Press. Pp. 419-443.
- Gamson, William A. (1968). **Power and discontent**. Homewood. Dorsey Press.
- García Cotarelo, Ramón (1985). **Los partidos políticos**. Madrid. Sistema.
- García Pelayo, Manuel (1986). **El Estado de partidos**. Madrid. Alianza.
- González Casanova, José Antonio (1980). **Teoría del Estado y derecho constitucional**. Barcelona, Vicens-Vives.
- González Fabre, Raúl (1996). **Sobre el estado del Estado venezolano. ¿Se opone la cultura de los venezolanos a la modernización del país?** Caracas. IFEDEC.
- Grindle, Merilee S. (2000). **Audacious reforms: institutional invention and democracy in Latin America**. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Heredia, Blanca (1997). "Clientelism in flux: democratization and interest intermediation in contemporary Mexico". Documento de trabajo. México, D.F. Centro de Investigación y Docencia Económica (CIDE). 18pp.
- Hidalgo, Manuel (1998). "Consolidación, crisis y cambio del sistema venezolano de partidos". **Politeia** 21: 63-104.
- Hillman, Richard S. (1994). **Democracy for the privileged: crisis and transformation in Venezuela**. Boulder. Colorado. Lynne Rienner Publishers.
- Jauregui, Gurutz (1994). **La democracia en la encrucijada**. Barcelona. Anagrama.
- Karl, Terry (1987). "Petroleum and political pacts: the transition to democracy in Venezuela." **Latin American Research Review**, 22:63-94.
- Kelsen, Hans (1974). **Esencia y valor de la democracia**. México. Editora Nacional.
- Klingemann, Hans-Dieter et. al. (1994). **Parties, policies and democracy**. Oxford. Westview Press.
- Kornblith, Miriam (1992). "Reforma constitucional, crisis política y estabilidad de la democracia en Venezuela". **Politeia**, 15:121-169.
- Kornblith, Miriam (1996). "Crisis y transformación del sistema político venezolano: nuevas y viejas reglas de juego". En **El sistema político venezolano: crisis y transformaciones**, coord. Angel E. Alvarez. Caracas. UCV. Pp. 1-31.
- Kornblith, Miriam (1998). **Venezuela en los 90. Las crisis de la democracia**. Caracas. Ediciones IESA.
- Kornblith, Miriam (1999). "Agenda de reformas y crisis sociopolítica en Venezuela: una

- difficil combinación". **Politela**, 22:83-119.
- Lenk, Kurt y Neumann, Franz, eds. (1980). **Teoría y sociología críticas de los partidos políticos**. Barcelona, Anagrama.
- Levine, daniel H. y Brian F. Crisp (1999). "Venezuela: the character, crisis, and possible future of democracy". En **Democracy in developing countries. Latin America**, Segunda edición, ed. Larry Diamond et al. Boulder, Colorado. Lynne Rienner Publishers. Pp-367-428.
- Linz, Juan J. y Alfred C. Stepan (1996). **Problems of democratic transition and consolidation**. Baltimore. Johns Hopkins University Press.
- Lipset, Seymour M. (1996). "Repensando los requisitos sociales de la democracia". **La Política. Revista de Estudios sobre el Estado y la Sociedad**, 2:51-87.
- Lopez Maya, Margarita (1995). "El ascenso en Venezuela de la Causa R". **Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales**, 2-3:205-239.
- López Maya, Margarita y Luis Gómez Calcaño (1996). "¿Por qué no avanza la reforma constitucional? Partidos, actores sociales y medios". **Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales**, 2-3:57-84.
- López Maya, Margarita y Luis E. Lander (1999). "Triunfos en tiempos de transición. Actores de vocación popular en las elecciones venezolanas de 1998". **Cuestiones Políticas**, 22:107-131.
- Luhmann, Niklas (1988). "Familiarity, confidence, trust. Problems and alternatives". En **Trust: making and beaking cooperative relations**, comp. Diego Gambetta. Oxford. Basil Blackwell. Pp. 94-107.
- Lyne, Mona M. (1997). "The voter's dilemma, factions, and strange bedfellows, or why Latin American political parties historically wakened democracy and how we can tell". Trabajo presentado en el Congreso de la Latin American Studies Association (LASA), celebrado en Guadalajara (México), 17-20 de abril. 28pp.
- Maingon, Thais y Heinz R. Sonntag (2000). "Los resultados de las elecciones de 1998 en Venezuela: ¿hacia un cambio político? **Revista de Ciencias Sociales**, Vol. VI, 1:35-63.
- Maingon, Thais et al. (2000). "La batalla por una nueva Constitución para Venezuela". **Cuestiones Políticas**: 24, 37-75.
- Mainwaring, Scott y Timothy R. Scully (1995). "Introduction: Party system in Latin America". En **Building democratic institutions: party systems in Latin America**, eds. Scott Mainwaring y Timothy R. Scully. Stanford, California. Stanford University Press. Pp. 1-35.
- Maravall, José Marfa (1995). **Democracia y demócratas**. Madrid. Instituto Juan March.
- Martz, John D. (1996). **The politics of clientelism: Democracy and the State in Colombia**. New Brunswick, N.J. Transaction Publishers.
- Mayorga, René A. (1995). **Antipolítica y neopopulismo**. La Paz, Bolivia. Centro de Estudios Multidisciplinarios.
- Mayorga, René A. (1997). "La democracia representativa en América Latina. Entre las demandas de participación y las tendencias antipolíticas". En **Cultura política, partidos y transformaciones en América Latina**, coord. Agustín Martínez. Caracas. Centro de Investigaciones Postdoctorales. Fondo Editorial Tropykos. Pp. 125-144.

- MBR-200 (1992). Nos alzamos por la Constitución. Carta de los oficiales del Mbr-200. Caracas. Fuente Editores.
- Michels, Robert (1972). **Los partidos políticos**. 2 volúmenes. Buenos Aires. Amorrortu.
- Molina, José E. (2000). "Comportamiento electoral en Venezuela 1998-2000 cambio y continuidad". **Cuestiones Políticas**, 25:27-65.
- Molina, José E. y Pérez, Carmen (1994). "Venezuela: ¿un nuevo sistema de partidos? Las elecciones de 1993". **Cuestiones Políticas**, 13:63-90
- Molina, José E. y Pérez, Carmen (1996). "Los procesos electorales y la evolución del sistema de partidos en Venezuela". En **El sistema político venezolano: crisis y transformaciones**, coord. Angel E. Alvarez. Caracas. UCV. Pp. 193-238.
- Molina, José E. y Pérez, Carmen (1999). "La democracia venezolana en la encrucijada: las elecciones nacionales y regionales de 1998". **Cuestiones Políticas**, 22:75-106.
- Montero, José Ramón y Mariano Torcal (2000). "La desafección política en España: un legado que condiciona el presente". **Revista de Occidente**, 227:15-30.
- Neumann, Sigmund (1965). **Partidos políticos modernos**. Madrid. Tecnos.
- Norris, Pippa (1999). **Critical Citizens**. Nueva York. Oxford University Press.
- O'Donnell, Guillermo (1996). "Otra institucionalización". **La Política. Revista de Estudios sobre el Estado y la Sociedad**, 2:5-27.
- O'Donnell, Guillermo (1997). **Contrapuntos: ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización**. Buenos Aires, Paidós.
- Panbianco, Angelo (1990). **Modelos de partido**. Madrid, Alianza.
- Paramio, Ludolfo (1999a). "Las dimensiones políticas de las reformas económicas en América Latina". **Zona Abierta**, 88-89:5-74.
- Paramio, Ludolfo (1999b). ""Cambios sociales y desconfianza política: el problema de la agregación de preferencias". **Revista Española de Ciencia Política**, 1:81-95.
- Pasquino, Gianfranco (1983). **Crisi del partiti e governabilità**. Bolonia, Il Mulino.
- Pasquino, Gianfranco (2000). **La democracia exigente**. Madrid, Alianza.
- Penfold, Michael (2000). "Adiós al puntofijismo". **Revista SIC**, 626:256-260.
- Pedersen, Mogens (1983). "Changing patterns of electoral volatility in european party systems, 1948-1977: explorations in explanations". En **Western european party systems: continuity and change**, ed. Hans Daalder. Beverly Hills, California. Sage Publications. Pp. 29-66.
- Pereira, Valia (1995). "La democracia en la conciencia política del venezolano". **Politeia**, 18:43-55.
- Pereira, Valia (1999). "Problemas familiares de los partidos políticos: cambio de rumbo en la socialización política de los venezolanos". **Cuadernos del CENDES**, 40:139-158.
- Petkoff, Teodoro (1995). "Comentarios". En **Reforma de los Partidos Políticos. Financiamiento y democracia**. Caracas, Fundación Konrad Adenauer. Pp. 126-133.
- Petkoff, Teodoro (2000). **La Venezuela de Chávez. Una segunda opinión**. Caracas. Grijalbo.
- Pharr, Susan J. y Robert D. Putnam, eds. (2000). **Disaffected democracies**. Princeton, New Jersey. Princeton University Press.

- Przeworski, Adam (1995). **Democracia y mercado**. Cambridge. Organización Editorial de la Universidad de Cambridge.
- Rey, Juan Carlos (1989). **El futuro de la democracia en Venezuela**. Caracas. IDEA.
- Rey, Juan Carlos (1991). "La democracia venezolana y la crisis del sistema populista de conciliación". **Revista de Estudios Políticos**, 74:533-578.
- Roniger, Luis y AyseGunes-Ayata, comps. (1994). **Democracy, clientelism, and civil society**. Boulder, Colorado. Lynne Rienner Publishers.
- Salamanca, Luis (1996). "Crisis de la modernidad y crisis de la democracia en Venezuela: una propuesta de análisis". En **El sistema político venezolano: crisis y transformaciones**, coord. Angel E. Alvarez. Caracas. UCV. Pp. 239-351.
- Sartori, Giovanni (1996). **Comparative constitutional engineering. An inquiry into structures, incentives and outcomes**. Nueva York. New York University Press.
- Schier, Steven E. (2000). **By invitation only: the rise of exclusive politics in the United States**. Pittsburg. University of Pittsburgh Press.
- Sonntag, Heinz R. y Thais Maingon (1992). **Venezuela: 4-F 1992**. Caracas. Nueva Sociedad.
- Sosa, Arturo (1994). "La sociedad civil: del mito a la realidad". En **Encuentro y alternativas. Venezuela 1994**, eds. CEV/UCAB. Caracas. Universidad Católica Andrés Bello. Pp. 1048-1060.
- Torres, Arístides (1980). **Crisis o consolidación de los partidos políticos en Venezuela**. Caracas. Universidad Simón Bolívar.
- Urbaneja, Diego Bautista (1992). **Pueblo y petróleo en la política venezolana del siglo XX**. Caracas. Cepet.
- Vaivads, Henry (1999). "La teoría de realineamiento partidista. Una aproximación explicativa para el caso venezolano". **Cuestiones Políticas**, 22:133-145.
- Zapata, Roberto (1996). **Valores del Venezolano**. Caracas. Ed. Conciencia 21.